



Philippoteaux del.

Pelée sc.

DIDEROT

Garnier frères, Éditeurs.

Imp. Sanson, Paris

He gustado siempre de ser conocido por los contemporáneos, los pensamientos, detalles todos de sus obras, la biografía, la vida, la palabra, de los grandes escritores, sobre todo cuando la biografía comparada no existe ya redactada por otro ó cuando tiene uno que hacerla por su propia cuenta. Encerrarse por quince días con los retratos de un filósofo, un poeta, un filósofo, interrogarle, estudiarle, estudiarle en sus obras, pasar quince días en el campo haciendo un retrato ó el busto de Byron, de Scott, de Goethe. La intimidad con el modelo exige más atención, pero engendra mayor familiaridad. Cada rasgo va saliendo á su turno y tomando su lugar en la fisonomía que se intenta reproducir, como aparecen sucesivamente las estrellas en una noche clara. Al tipo vago, abstracto, general, que se abraza en conjunto la primera vez, sucede por grados, se mezcla y se incorpora una realidad más determinada, más acentuada y más viva; se va moviendo y crecer el parecido; y en el día, en el momento en que se hace el retrato familiar, el rasgo típico, la sonrisa reveladora, la arruga que se oculta en vano bajo los cabellos, en aquel momento desaparece en la creación, el retrato habla y vive, se convierte en el nombre. Hay placer en todo tiempo en este género de retratos secretos y habrá lugar en todas ocasiones para las producciones que saque de ellos un sentimiento puro. Siempre se le creemos, el gusto y el arte darán oportunidad y cierta duración á las obras más cortas y más individuales, si, al expresar una parte, aunque sea diminuta, de



Philippe de La

Pelle de

DIDEROT

Garnier Freres. Éditeurs.

DIDEROT

I

He gustado siempre de las correspondencias, las conversaciones, los pensamientos, detalles todos del carácter, las costumbres, la biografía, en una palabra, de los grandes escritores, sobre todo cuando la biografía comparada no existe ya redactada por otro ó cuando tiene uno que hacerla por su propia cuenta. Encerrarse por quince dias con los escritos de un muerto célebre, poeta ó filósofo, interrogarle, estudiarle, evocarle, es casi como pasar quince dias en el campo haciendo el retrato ó el busto de Byron, de Scott, de Goethe. La intimidad con el modelo exige más atención, pero engendra mayor familiaridad. Cada rasgo va saliendo á su turno y tomando su lugar en la fisonomía que se intenta reproducir, como aparecen sucesivamente las estrellas en una noche clara. Al tipo vago, abstracto, general, que se abraza en conjunto la primera vez, sucede por grados, se mezcla y se incorpora una realidad más determinada, más acentuada y más viva; se ve nacer y crecer el parecido; y en el dia, en el momento en que se coge la pinta familiar, el rasgo típico, la sonrisa reveladora, la arruga íntima que se oculta en vano bajo los cabellos, en aquel momento el análisis desaparece en la creacion, el retrato habla y vive, se ha encontrado el hombre. Hay placer en todo tiempo en este género de estudios secretos y habrá lugar en todas ocasiones para las producciones que saque de ellos un sentimiento puro. Siempre, así lo creemos, el gusto y el arte darán oportunidad y cierta duracion á las obras más cortas y más individuales, si, al expresar una parte, aunque sea diminuta, de

la naturaleza y de la vida, llevan la marca de aquel único sello de diamante que se reconoce á la primera vista, que se trasmite inalterable é imperfectible á través de las centurias y que en vano se intentaría explicar ó falsificar. Las revoluciones pasan por los pueblos haciendo caer las testas coronadas; las ciencias adelantan, se engrandecen y multiplican sus aplicaciones; las filosofías se agotan. Y sin embargo, la más mínima perla engendrada en el cerebro del hombre, si el tiempo y los bárbaros no la han perdido, brilla hoy tan pura como en la hora de su nacimiento. Aunque mañana se descubran todo el Egipto y la India toda, aunque se descifren, interpreten y sepan de memoria las religiones antiguas ó se funden nuevas religiones, la oda de Horacio á Lycoris no dejará de ser una de las perlas de que hablamos. Estarán allí, á su lado, la ciencia, las filosofías, las religiones, con todas sus grandezas y misterios, con sus profundidades y abismos á veces insondables; ¡pero qué importa! la límpida perla una vez creada, luce siempre como una luz fija en lo alto de su roca, sobre la playa, dominando un océano que se agita y cambia sin cesar, más húmeda, más cristalina, más radiante al lucir el sol despues de cada nueva tempestad. Esto no quiere decir que la perla y el océano de que ha brotado no estén unidos por relaciones varias, profundas y misteriosas, ó en otros términos, que el arte sea en absoluto independiente de la filosofía, de la ciencia y de las revoluciones. ¡Eso no! Cada océano da sus perlas, cada clima las madura y las colora diferentemente; las conchas del golfo Pérsico no son las mismas de Islandia. Pero el arte, en la fuerza generatriz que le es propia, tiene algo de fijo, de inmutable, de definitivo que crea en un momento dado y cuyo producto ya no muere; que no varía con los niveles, que no espira ni aumenta con las olas, que no se mide por varas y que, en el seno de las corrientes movibles, organiza cierta suma de productos grandes ó pequeños, entre los cuales algunos, los más escogidos, los mejores, despues de extraídos de la masa flotante no vuelven jamas á entrar en ella. Esto es lo que debe sostener y consolar á los artistas que nacen en los días de tormenta. En todas partes hay medio, para ellos, de producir algo. Poco ó mucho, lo esencial es que produzcan lo mejor, que su producción lleve consigo la marca eterna, preciosamente grabada en un ángulo cualquiera. Esto es lo que necesitábamos decir ántes de ponernos á estu-

diar el arte. Parécenos que á pesar de todo lo que sucede y ha sucedido en el mundo, no es una puerilidad el retrato de Regnier, de Boileau, de la Fontaine, de Andres Chénier, de cualquiera de esos hombres cuyos semejantes son raros en todo tiempo. Consagrándonos esta vez á estudiar á Diderot, filósofo y artista, viendo cómo dice, oyéndole pensar, habremos conseguido, á más del conocimiento de otro grande hombre, olvidar durante algunos días el aflictivo espectáculo de la sociedad que nos rodea, tanta miseria y turbulencia en las masas, tanto egoísmo en las clases elevadas, gobiernos sin ideas y sin grandeza, naciones heroicas inmoladas, el sentimiento de la patria que se pierde sin que lo reemplace nada más amplio y generoso, la religion caída y el porvenir cada vez más nebuloso presintiendo una playa que no se alcanza á ver (1).

No era así en tiempo de Diderot. La obra de destrucción comenzaba entónces en la teoría filosófica y política; la tarea, á pesar de las dificultades del momento, parecia sencilla; los obstáculos eran conocidos y bien determinados y se iba al asalto con un concierto admirable y esperanzas al mismo tiempo cercanas é infinitas. Diderot, juzgado de tan diversos modos, resume en su persona más que cualquiera otro hombre de su siglo, y más completamente, la insurrección filosófica con sus más amplios caracteres.

Se ocupó muy poco de política, dejándola á Montesquieu, á Juan Jacobo y á Raynal; pero en filosofía fué en cierto modo el alma y el órgano del siglo, el teórico por excelencia. Negaba las artes, las ciencias, la industria, la perfectibilidad, y por todas estas fases chocaba con su siglo más bien que lo reflejaba. Era una excepcion en aquella sociedad libertina, materialista y deslumbrada por sus propias luces. Alembert era prudente, circunspecto, sobrio de doctrina, débil y tímido por carácter, escéptico en todo lo que estaba fuera de la geometría; tenía dos palabras, una en privado y otra para el público, siendo un filósofo de la escuela de Fontenelle, y el siglo XVIII tenía la audacia en la frente, la indiscreción en los labios, la fe en la incredulidad, el desbordamiento en los discursos, soltando la verdad y el error á manos llenas. Buffon no carecia de fe en sí mismo y en sus ideas, pero no las

(1) Sainte-Beuve dió á luz este artículo en 1851, esto es, en las postrimerias de la segunda República Francesa.

prodigaba; las elaboraba aparte y no las emitía sino con intermitencias, á intervalos, en una forma pomposa cuya magnificencia era á sus ojos el mérito triunfante. Ahora bien, el siglo décimotavo pasa con razón por haber sido pródigo de ideas, familiar y repentista, no aborreciendo el descuido de la forma. Y cuando se enardecían disertando en los salones en pro ó en contra de Dios, no vacilaban los hombres del buen siglo en quitarse la peluca, en *echar el resto*, como el abate Galliani. Condillac, tan alabado después de su muerte por sus ingeniosos y sutiles análisis, no vivió en el corazón de su época ni representa la plenitud, el movimiento y el ardor de su siglo. Era citado con alguna consideración por varios hombres célebres, pero otros le consideraban una medianía. En suma, se ocupaba poco de él y no tenía influencia. Murió en el aislamiento y sumergido en una especie de marasmo causado por el olvido. Cabanis y de Tracy, aunque ellos han insistido mucho en sostener que descendían de Condillac, proceden bastante más directamente de Condorcet, de Holbach, de Diderot, por las soluciones metafísicas de origen y de sustancia y de causa, como por las soluciones fisiológicas de organización y de sensibilidad. Justamente Condillac se mantiene mudo acerca de estos enigmas en torno de los cuales se consumió la curiosidad investigadora de su siglo. En cuanto á Voltaire, se cuidó poco de construir ni aún de abrazar toda la teoría metafísica de entonces; se consagraba á lo más claro, perseguía lo más urgente, no malgastaba sus golpes, acribillaba de lejos á los hombres y á los dioses como un partho con sus silbadoras flechas. En su implacable verba preñada de buen sentido, llegó á burlarse hasta de las obras de su época mediante las cuales iban la química y la fisiología á aclarar los misterios de la organización. La facultad filosófica del siglo necesitaba, si había de personificarse en un genio, de una cabeza más paciente y más formal que Voltaire, de un cerebro ménos estrecho que Condillac; había menester más abundancia, inspiración más sólida que tenía Buffon; requería más amplitud que la de Alembert y un entusiasmo por las ciencias, las artes y la industria de que carecía Rousseau. Diderot fué el hombre; Diderot, naturaleza rica y fecunda, abierta á todos los gérmenes, trasformándolos en su seno casi al azar por una fuerza espontánea, indefinida y confusa; vasto molde en el que todo hierve y

se funde y fermenta; capacidad la más enciclopédica de entonces, pero capacidad activa, militante, vivificadora, que se apoderaba de cuanto en ella caía para devolverlo en torbellinos de llamas y también de humo; Diderot, que pasaba de la descripción de una máquina á los crisoles de Holbach y de Rouelle ó á las consideraciones de Bordeu, que disecaba á su antojo el hombre y sus sentidos tan diestramente como Condillac, que penetraba en el seno del sér, del espacio, de la naturaleza, escribiendo páginas sublimes y luminosas que hubieran podido firmar sin desmerecer Malebranche ó Leibnitz á no haber sido cristianos; espíritu atrevido, bueno hasta en su desorden, algo místico en su incredulidad y al que no faltó para tener la armonía más que un rayo divino, un *fiat lux*, un dios. Es la perfecta individualización de su siglo (1).

Tal debía ser en el siglo décimotavo el hombre hecho para presidir aquel taller filosófico, el jefe del campo indisciplinado de los pensadores, el que tenía influencia para alistarlos, organizarlos, exaltarlos en la conspiración contra el orden subsistente. Entre Voltaire, Buffon, Rousseau y Holbach, entre los químicos y los ingenios, entre los geómetras, los mecánicos y los literatos, entre estos últimos y los artistas escultores ó pintores, entre los partidarios del gusto antiguo y los innovadores como Sedain, el lazo fué Diderot. Él era quien los comprendía mejor á todos y cada uno, en globo y aisladamente, quien los apreciaba de buen grado y los llevaba en su corazón. Era pues el hombre *ad hoc* para ser el centro móvil, el eje del torbellino; para dirigir el ataque concertadamente, inspiradamente, y con algo de tumulto, con algo de grandioso en la actitud. La cabeza alta y un poco calva, la frente ancha, las sienes descubiertas, la mirada ardiente ó humedecida por una lágrima, el cuello desnudo, los brazos tendidos hácia el porvenir; mezcla de grandeza y de trivialidad, de fogoso arranque y humana simpatía. Yo me lo figuro tal como era en el movimiento teórico del siglo, precediendo dignamente á los hombres de acción que tienen con él un aire de familia, á los Mirabeau, á los Danton, á los Kléber.

(1) Ya Grimm había comparado la cabeza de Diderot á la naturaleza, tal como este la concebía, rica, fértil, dulce, salvaje, sencilla y majestuosa, buena y sublime, *pero sin ningún principio dominante, sin dueño y sin Dios.*

II

Diderot había nacido en Langres en Octubre de 1713, de un padre cuchillero. Hacia doscientos años que esta profesion se trasmitía de padres á hijos por herencia, con las humildes virtudes, la piedad, el sentido y el honor de los antiguos tiempos. El jóven Diderot que era el mayor de sus hermanos fué primero dedicado al estado eclesiástico para suceder á un tío canónigo. Le pusieron en los jesuítas y con ellos hizo rápidos progresos. Sus primeros años, los recuerdos de su familia y de su infancia que evocaba con gusto y ha consagrado en muchas páginas de sus escritos, dejaron profundas huellas en su sensibilidad. En 1760, en Grandval, en casa del baron de Holbach, compartida su atencion entre la sociedad más escogida y los estudios que redactaba para la Enciclopedia, recordaba su niñez con lágrimas en los ojos; seguía con la imaginacion el curso de su *triste y tortuoso compatriota el Marne*; su corazon nadaba en los recuerdos y escribía á su amiga la señorita de Voland: « Uno de los momentos más dulces de mi vida, hace más de treinta años y me acuerdo como de ayer, fué aquel en que mi padre me vió llegar del colegio con los brazos cargados de premios que se me habian concedido y de coronas que, demasiado anchas para mi cabeza, se habian deslizado hasta apoyarse en mis hombros. En cuanto me vió dejó el trabajo, salió á la puerta á recibirme y se echó á llorar. ¡ Es una bella cosa un hombre honrado y severo que se pone á llorar ! »

La señora de Vandeul, hija única y muy querida de Diderot nos ha dejado algunas anécdotas de la infancia de su padre, que no repetiremos, pero que todas comprueban la impresionabilidad y la bondad de su precoz naturaleza. Diderot tiene de particular entre los grandes hombres del siglo XVIII, que tuvo una *familia*, que la amó tiernamente y que estuvo siempre unido á ella con íntima cordialidad. Filósofo de moda y personaje célebre, habló siempre de su buen padre el *herrero*, como él decia, de su hermano el cura, de su hermana

y de su hija; no estuvo satisfecho hasta que envió á Langres á su amigo Grimm para que abrazara á su anciano padre. No he visto nada semejante en Juan Jacobo, Alembert, el conde de Buffon, ni en el mismo Grimm, ni en el Señor Arouet de Voltaire.

Los jesuítas trataron de conquistar á Diderot; él mismo tuvo una vena de devocion fervorosa; doce años tenía cuando le tonsuraron y aún quisieron llevárselo de Langres para disponer de él más á su antojo. Este pequeño acontecimiento decidió á su padre á llevárselo á París y á colocarlo en el colegio de Harcourt. El jóven Diderot se mostró allí buen escolar y excelente camarada. Se cuenta que el abate de Bernis y él comieron más de una en vez en un figon á seis sueldos por barba (1).

Terminados sus estudios, entró Diderot en casa del procurador Clement de Ris, su compatriota, para estudiar las leyes, lo que le aburrió en seguida. Su antipatía á las curialescas trapisondas le puso mal con su padre, que sentía la necesidad de refrenar por medio del estudio una naturaleza tan apasionada. Le invitó pues á elegir una profesion cualquiera ó volver al techo paternal. Pero el jóven Diderot adivinaba sus fuerzas, y una vocacion irresistible le arrastraba fuera de las vías comunes. Se atrevió á desobedecer á un padre tan venerado, y solo, sin apoyo, mal con su familia (aunque su madre á veces le socorria bajo mano), alojado como un pordiosero y comiendo en figones, intentó crearse una vida independiente y de estudio. La geometría y el griego le apasionan y sueña en la gloria del teatro. Interin llega acepta los trabajos de todo género que se le proporcionan; el oficio de periodista como hoy lo entendemos no existía entónces, de lo contrario hubiera sido el suyo. Un misionero le encargó seis sermones para las colonias portuguesas y los hizo. Se hizo preceptor particular de los hijos de un banquero; al cabo de tres meses, aquella vida de sujecion de le habia hecho insoportable. Su mejor recurso, el más seguro, consistía en dar lecciones de matemáticas; aprendía él mismo al enseñar á los otros. Se paseaba en verano con un gaban de invierno

(1) Diderot, en la advertencia que precede á la *Adicion á la Carta sobre los sordos y mudos*, declara que jamás habia tenido el honor de ver al señor abate de Bernis; pero esto es pura ficcion. Debo decir como biógrafo escrupuloso, que la anécdota de las alegres comidas, á seis sueldos por persona, del filósofo adolescente y el futuro cardenal, me parece auténtica á pesar de la citada declaracion. N. del A.

por la alameda de los suspiros del Jardin del Louxembourg y recorria las calles de París con los puños desgarrados y medias de lana negras cosidas por destras con hilo blanco. Él, que más tarde echó de ménos su vieja bata, debió sentir con más razon la ausencia de aquel gaban que le hubiera recordado su vida de miserias y las pruebas de la juventud. ¡ Con cuánto orgullo lo hubiera colgado en su lujoso gabinete ! Al ver aquella reliquia hubiera exclamado con más justo título que ante la bata vieja : « Me recuerda mi primer estado y el orgullo se detiene á las puertas de mi corazon. No, mi amigo, no, yo no estoy corrompido. Mi puerta se abre á toda necesidad que se dirige á mí. Ni mi alma se ha endurecido ni mi cabeza se ha levantado ; mi espalda es ancha y buena como ántes. Tengo el mismo tono de franqueza, la misma sensibilidad. Mi lujo es de fresca data y el veneno todavía no ha obrado. » ¡ Cuánto no hubiera añadido si el gaban de invierno hubiera sido el mismo que llevaba aquel mártes de carnaval en que desfallecido de hambre fué socorrido por una podre mujer ! ¡ Aquel dia en que juró que mientras tuviera un sueldo no negaria jamas una limosna y lo daría ántes que exponer á su semejante á tan atroces torturas !

En aquella vida incierta sus costumbres no eran las que se pudiera imaginar. Por una confesion que hace á la señorita de Voland (tomo II, pág. 108) se ve la aversion que tuvo desde temprano á los placeres fáciles y peligrosos. Aquel jóven abandonado, pobre y fogoso, cuya pluma adquirió más tarde fama de impureza ; aquel muchacho que segun su propio testimonio poseía bastante bien á Petronio y recitaba sin vergüenza madrigales infames de Cátulo ; aquel mozo se libró de la corrupcion del vicio y en la edad más peligrosa logró salvar el tesoro de sus sentidos y las ilusiones de su corazon. Al amor debió este beneficio. La jóven á quien amaba era una obrera pobre que vivía honradamente con su madre del trabajo de sus manos. Diderot la conoció como vecina, se enamoró perdidamente y se casó con ella, no obstante las amonestaciones económicas que le hacía la madre. Lo único que hizo fué casarse en secreto para evitar la oposicion de su propia familia. Juan Jacobo en sus *Confesiones* había desdeñosamente de la Anita de Diderot juzgándola inferior á su Teresa. No decidiremos entre una y otra de las dos compañeras de

aquellos grandes hombres, mas parece que, efectivamente, la de Diderot, buena en el fondo, tenía un carácter mezquino, un talento comun y una educacion vulgar, siendo incapaz de comprender á su marido ni de bastar á su afeccion. Estos inconvenientes que el tiempo fué revelando desaparecian entónces ante el brillo de su hermosura.

De su matrimonio tuvo Diderot cuatro hijos de los que uno solo, una niña, llegó á sobrevivir. Con uno de los hijos fué la esposa á Langres á buscar la reconciliacion. Este medio patético dió buen resultado, y las prevenciones de familia que habian durado años enteros se desvanecieron en veinticuatro horas. Sin embargo, Diderot llegó á desencantarse de aquella mujer por la que habia sacrificado su porvenir. Entre tanto, cargado de obligaciones, traduciendo por cuenta de los libreros algunas obras inglesas, una *Historia de Grecia*, un *Diccionario de Medicina* y meditando ya la Enciclopedia, cometió otro error : el de trabar relaciones que duraron diez años con madama de Puisieux ; despues las tuvo con la señorita de Voland durante toda la segunda mitad de su existencia, y por cierto que esta fué la única mujer digna de su eleccion, y pasajera con madama de Prunevaux. Todas estas relaciones íntimas formaron el tejido de su vida personal.

Madama de Puisieux fué la primera de sus infidelidades conyugales ; esta mujer aumentó las dificultades materiales de nuestro filósofo ; para ella tradujo el *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, para ella hizo los *Pensamientos filosóficos*, la *Interpretacion de la Naturaleza*, la *Carta sobre los ciegos* y las *Alhajas indiscretas*.

Su esposa, olvidada por su marido, se afirmó en sus gustos poco elevados ; tuvo su pequeña sociedad, su círculo privado. Si más tarde volvió Diderot á ocuparse en la familia fué sólo para velar por la educacion de su hija única. En tales circunstancias, se comprende que el filósofo que mejor sintió y practicó en el siglo décimotavo la moralidad de la familia, el que cultivó más piadosamente las relaciones de padre, de hijo, de hermano, tuviera tan frágil idea de la santidad del matrimonio que es el nudo de todo lo demas. Se concibe qué inspiracion personalísima le hizo poner en boca del Otaitiano estas palabras del *Suplemento al Viaje de Bougainville* : « Nada más insensato que un precepto que interdice los movimientos naturales de nuestro mudable sér, que impone una constancia imposible, que viola la libertad